

ARTE

Hace ya más de veinte años que conocí a Sofía Morales en Sevilla. Yo vivía aún allí y ella había llegado para



Sofía Morales: Retrato de niño.

... «bien qué tarea periodística, pues esa era su verdadera profesión. Era entonces jovencísima y solterísima. Pero ya pintaba y ya pintaba bien. Como yo suelo tener buena memoria para lo que no es verdaderamente importante, recuerdo algo de lo que entonces hablamos sobre pintura. Pero al comparar su ideario de entonces con el de ahora, compruebo que no hay entre ellos diferencias fundamentales. Esa persistencia en un mismo ideario no significa en sí misma una virtud: significa, simplemente, una cierta solidez en las imágenes de lo que se cree que debe ser el arte.

**Sofía Morales. Galería Columela, Madrid**

Cuando repaso el conjunto de los cuadros de

la exposición de Sofía, trato de encontrar, desde el punto de vista técnico, ese acento especial que yo creo descubrirle y que no alcanzo a definirle, entre todos sus bodegones, sus retratos o sus paisajes. Y no: resulta que no es por ahí por donde hay que buscarle su originalidad; ni por el lado técnico, ni por el lado temático que ella ha querido, yo creo que casi con deliberación,

do pinta un paisaje, lo que Sofía nos transmite es una confianza. Ella tiene la rara virtud de hacernos participar de un momento raro y extraño en la vida de un personaje, o en un rincón perdido de la casa. —el «bodegón»— o en un trozo de nuestra geografía más habitual. ¿Pero en qué consiste ese peculiar trasunto de intimidad que yo le advierto a la pintura de Sofía? Es muy difícil objetivarlo. ¿Está en la temática? También, pero algo más que en ella, en su tratamiento, en la prioridad de un brillo sobre una perspectiva, en la posible intensidad de una mirada...

Yo recuerdo que, entonces, cuando conocí a Sofía, hablábamos ella, sus amigos y yo, en primer lugar, de la vanguardia de entonces, pues en aquellos años aun había que ganar la batalla de Picasso. Y recuerdo que su comprensión de la última hora no le impedía sentir un leve respeto por cierta pintura del pasado siglo muy superada: por ejemplo, por Madrazo... ¿Era ya por la intimidad?

Creo que sí, que era por eso. Se tienen a veces ciertas leves sensaciones, que perduran a lo largo de toda una vida y que, cuando es un pintor el que las experimenta, acaban constituyéndose en estilo. ■

Creo que sí, que era por eso. Se tienen a veces ciertas leves sensaciones, que perduran a lo largo de toda una vida y que, cuando es un pintor el que las experimenta, acaban constituyéndose en estilo. ■

Creo que sí, que era por eso. Se tienen a veces ciertas leves sensaciones, que perduran a lo largo de toda una vida y que, cuando es un pintor el que las experimenta, acaban constituyéndose en estilo. ■

Creo que sí, que era por eso. Se tienen a veces ciertas leves sensaciones, que perduran a lo largo de toda una vida y que, cuando es un pintor el que las experimenta, acaban constituyéndose en estilo. ■

Creo que sí, que era por eso. Se tienen a veces ciertas leves sensaciones, que perduran a lo largo de toda una vida y que, cuando es un pintor el que las experimenta, acaban constituyéndose en estilo. ■

**Sevilla: Cortijo, un notable en el museo**

Quienes hemos renunciado a irnos a Madrid y preferimos seguir en Sevilla, en Andalucía, dale que te pego, tenemos que agradecerle solidariamente a Paco Cortijo muchas cosas: su común permanencia en la ciudad, su renuncia a las pompas y vanidades de lo hispalense, su diaria negación —con el trabajo y con la lucidez— del barroco que todo lo envuelve, su actitud civil, sus ga-

nas de trabajar, su noble oficio. Cortijo se ha convertido en Sevilla, por todo esto, en un notable de la progresía, frente a la vaciedad de tanto figurón y lárvalo de las fuerzas vivas, de las Academias. Cortijo, su enorme humanidad en un cuerpo de picador antiguo, representa en Sevilla algo más que su pintura, su grabado, sus cerámicas, su arte todo. En su mesa de camilla del alto piso de Los Remedios, hablar con él de vez en cuando es un reconfortante ejercicio en la frustración general de Andalucía. Aunque a muchos les duela, Cortijo cuenta ya en Sevilla, es en la ciudad en donde —aunque muchos lo ignoren— está.

Por todas estas razones, la exposición de Cortijo (con la colaboración del dinámico Centro M-11) en el Museo de Arte Contemporáneo le ha caído a muchos como pedrada en ojo de boticario. «¿Ese notable de "ellos" en un Museo de Educación y Ciencia, de Bellas Artes y de la biblia en pasta?», se han preguntado algunos. La verdad es que en la realidad de Sevilla el Museo de Arte Contemporáneo opera como de verdad debe contar un museo en una ciudad, y por eso Cortijo, a estas al-

turas de su obra, tenía que exponer allí.

Y ha ido, y ha colgado cincuenta aguafuertes, muy en la línea de su última exposición sevillana en Juana de Aizpuru, con sus parientes y sus amigos vestidos de toreros con chistera, con sus lucubraciones sobre miserias y esperanzas españolas. «Francisco Cortijo Mérida, pintor, sencillamente pintor —dice en la presentación del catálogo Víctor Pérez Ecolano—, es plenamente consciente de los límites de su trabajo, de los límites de su oficio, de para qué sirve lo que hace. Cortijo sabe utilizar el pincel, el lápiz o el buril, lo ha aprendido y lo practica en sesión continua»...

Mucha cáscara tiene esta exposición de Cortijo, goyesca en los títulos de los grabados: «Bebe, come y ama, que mañana vivirás»; «Rafael pensando en las asociaciones»; «Coño, me estoy volviendo monárquico»; «¡Viva España!»; «¿Cómo será la democracia?»; «¡Ya vienen los míos!»; «Hombre apto para perpetuar la especie», etc.

También como el título de un aguafuerte de esta trabajadísima exposición, uno exclamaría: «¡Quién fuera crítico de arte para hablar de la exposición de Cortijo!... Quede aquí

la constancia. Paco Cortijo ha entrado en el Museo de Arte Contemporáneo de Sevilla, donde ya estaba. Con la naturalidad con que, formando parte de una comisión de notables de la progresía, entra en los despachos oficiales a levantar la voz, dentro de lo que cabe, en ayuda de los que sufren y son perseguidos, en solidaridad con los personajes de la España de sus grabados. ■ ANTONIO BURGOS.

**Equipo Realidad: pintar la guerra civil**

La última década artística en Valencia se ha caracterizado por un nuevo tratamiento del realismo pictórico, entendido en un sentido crítico, que trataba de despejar las cargas culturales de muchos de los sistemas iconográficos, tanto del mundo del arte como de los medios de comunicación, para llegar a una nueva propuesta artística. El camino recorrido por el Equipo Crónica ha sido importante en este campo. De la misma forma el ensayo que el Equipo Realidad ha realizado con su exposición de Cuadros de Historia en la sala Vinçon de Barcelona, ha permitido valorar las posibilidades de estos planteamientos estéticos, arropados por un contenido ético nada desdeñable.

¿Cómo pueden pintar la guerra española del 36 unos valencianos, Jorge Ballester y Juan Cardells, el Equipo Realidad, pertenecientes a la generación de los años cuarenta? No vieron estos hechos, se los mostraron, se los mostraron a través de imágenes, pero, ¿cómo se los mostraron? La exposición de Barcelona ha pretendido responder sin idealismos a esta pregunta, denunciando la instrumentalización que se hace de la imagen cuando ésta acompaña un texto histórico marcadamente significativo.

Los historiadores, ca-



Cortijo: «Pensando en la Revolución francesa».